

Ana Cristina Rodríguez Cepas - Joaquín Cortés - Carlos G. Burgos - Fernando de las Cuevas Terán - Jesús Fornis Vaquero María Elena Solórzano - Estela Guerra - Yolanda García Carmen Valladolid Benítez - Antonio J. Sánchez Fernández Carlos Esteban - Álvaro Alrozano - Pablo Tejerina García Juanma Aguado Ramon - Pepe Más Izquierdo - Carlos Martí Gómez-Aldaraví - Samuel Martos Mínguez Fernández - Corina Heredia Clariá - Horacio Gigli - Isabel Ali - Pedro Escudero Zumel - Juan Ángel Laguna Edroso - José Ignacio Becerril Polo - ZazilHa González Gaxiola - Andrea Maza - Martin Tourn - Diego Casas - Angelica Maza - Steven Ferreyra Jazmin Lopez - Liliana Elizabeth Álvarez Bravo - Martha Lizeth López Bedolla **Antología** Servin Muñoz - Nancy Gissela Reyes Parra - Zokally Trejo Villaescusa - Claudinita del amor - José Eduardo Perezchica Vega - Ana Cristina Rodríguez Cepas - Joaquín Cortés - Carlos G. Burgos Fernando de las Cuevas Terán - Jesús Fornis Vaquero - María Elena Solórzano - Estela Guerra - Yolanda García - Carmen Valladolid Benítez - Antonio J. Sánchez Fernández - Carlos Esteban - Álvaro Alrozano - Pablo Tejerina

el Cadáver Exquisito

Estela Guerra - Yolanda García - Carmen Valladolid Benítez Antonio J. Sánchez Fernández - Carlos Esteban - Álvaro Alrozano la creación colectiva como fin o Ramon Pepe Más Izquierdo - Samuel Martos Mínguez - Juan Ángel Laguna Edroso - José Ignacio Becerril Polo - ZazilHa González Gaxiola Andrea Maza - Martin Tourn - Diego Casas - Angelica Maza Steven Ferreyra - Jazmin Lopez - Liliana Elizabeth Álvarez Bravo - Martha Lizeth López Bedolla - Margarita Servin Muñoz - Nancy Gissela Reyes Parra - Zokally Trejo Villaescusa Claudinita del amor - José Eduardo Perezchica Vega - Ana Cristina Rodríguez Cepas - Joaquín Cortés - Carlos G. Burgos Fernando de las Cuevas Terán - Jesús Fornis Vaquero - María Elena Solórzano - Estela Guerra - Yolanda García - Carmen Valladolid Benítez - Antonio J. Sánchez Fernández - Carlos Esteban - Álvaro Alrozano - Pablo Tejerina **Literatura Libre** Blog literario y proyecto editorial

Aguado Ramon - Pepe Más Izquierdo - Samuel Martos Mínguez - Horacio Gigli - Isabel Ali - Pedro Escudero Zumel



Antología

el Cadáver Exquisito

la creación colectiva como fin

Literatura Libre

Blog literario y proyecto editorial

« 3 »

Julio de 2008.
Edición electrónica de la antología

el Cadáver Exquisito
la creación colectiva como fin

convocada por
Literatura Libre
Blog y Proyecto Editorial

Diseño editorial: *José Eduardo Perezchica Vega*

Esta antología se encuentra bajo una licencia
Creative Commons

Atribución-No comercial-No Derivadas 2.5 México



Eres libre de:

copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

Atribución. Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciatte.

No comercial. No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.

No Derivadas. No está permitido que alteres, transformes o generes una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Más información sobre la licencia Creative Commons en:
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/mx/>

presentación
¿qué es un cadáver exquisito?

cadáver exquisito

Ana Cristina Rodríguez Cepas
Joaquín Cortés

8

10

yeme

María Elena Solórzano
Estela Guerra
Yolanda García

14

paraíso caníbal

Carlos G. Burgos
Fernando de las Cuevas Terán
Jesús Fornis Vaquero

16

mordelón azul

Claudinita del amor
José Eduardo Pérezchica Vega

20

trepo..., arranco..., miro...

Pedro Escudero Zumel
Juan Ángel Laguna Edroso
José Ignacio Becerril Polo

24

construyendo

Andrea Maza, Martín Tourn,
Diego Casas, Ángelica Maza, Steven
Ferreyra y Jazmin Lopez

36





38

una tarde parda y fría

Carlos Esteban
Álvaro Altozano

44

**a pesar de que las manos me
llevaban a formar ojos...**

Corina Heredia Clariá
Horacio Gigli
Isabel Ali

47

a dos voces

Carmen Valladolid Benítez
Antonio J. Sánchez Fernández

58

palomas en llamas

Pablo Tejerina García
Juanma Aguado Ramón
Pepe Más Izquierdo
Carlos Martí Gómez-Aldaraví
Samuel Martos Mínguez Fernández

60

secuelas

ZazilHa González Gaxiola
José Eduardo Perezchica Vega

62

sin palabras

Liliana Elizabeth Álvarez Bravo
Martha Lizeth López Bedolla
Margarita Servin Muñoz
Nancy Gissela Reyes Parra
Zokally Trejo Villaescusa

{Presentación}

Hace unos meses Literatura Libre, blog literario y proyecto editorial, convocó la creación colectiva de obras de carácter literario, visual o mixto que surgieran a partir de la técnica “cadáver exquisito”. Ello, con la finalidad de conjugar en ésta antología electrónica las creaciones de todos los participantes.

Para ello, convocamos a autores y creadores en artes literarias y visuales para su participación en ésta Antología la cual ha tenido como fin incentivar “la creación colectiva”.

En Literatura Libre, como parte de nuestro perfil de Proyecto Editorial, comenzamos con esta primer convocatoria, ahora materializada en la presente antología, encaminada a promover la creación artística, y en la cual contamos con la participación de obras narrativas y poéticas salpicadas de imágenes diversas y llamativas. Además, contamos con una obra de carácter visual que es muestra tanto del espíritu de la técnica, como de la convocatoria misma.

Esperamos que disfruten la lectura de estos exquisitos cadáveres, que sirva para el descubrimiento de autores y anime a éstos a continuar escribiendo y compartiendo su obra.

*Eduardo Perezchica
Coordinador de Literatura Libre*

¿Qué es un cadáver exquisito?

El cadáver exquisito es una composición cooperativa entre varios individuos, para la creación de una obra a partir de sus colaboraciones, que contenga elementos o trozos de cada uno de ellos y que permita crear una obra única a partir de -quizá- diferentes intencionalidades.

Según la Wikipedia: *“Cadáver exquisito es una técnica por medio de la cual se ensamblan colectivamente un conjunto de palabras e imágenes; el resultado es conocido como un cadáver exquisito o ‘cadavre exquis’ en francés. El nombre se deriva de una frase que surgió cuando fue jugado por primera vez en francés: Le **cadavre exquis** boira du nouveau vin (El cadáver exquisito beberá el nuevo vino).”*

No obstante, las técnicas para su creación son infinitas pues no se reducen a un proceso de colaboraciones únicas, sino que pueden ser complementarias y simultáneas. A través de las páginas de ésta antología podrán reconocer diferentes obras producto de estilos, géneros y temáticas distintas, pero todas nacieron bajo las premisas de ésta técnica, el cadáver exquisito.

Para más información al respecto, consultar:

www.literaturalibre.com/2007/12/30/cadaver-exquisito-creacion-colectiva/

Cadáver exquisito

T

{ Ana Cristina Rodríguez Cepas
Joaquín Cortés }

La enorme sala de la planta baja se hallaba orientada hacia el Norte. Fría a pesar del verano que reinaba en el exterior y del calor tropical de la sala, una luz cruda y pálida brillaba a través de las ventanas buscando ávidamente alguna figura yacente amortajada, alguna pálida forma de académica carne de gallina, sin encontrar más que el cristal, el níquel y la brillante porcelana de un laboratorio. La enfermera entró en ese momento. La tarde había caído bruscamente. La noche habíase espesado muy rápidamente sobre el vidrio del techo. El portero oprimió el conmutador y quedé cegado por el repentino resplandor de la luz.

—¡No te apartes, hombre! Lo que quiero es verte los ojos y conocer tus intenciones porque la gente como tú, en la oscuridad, engaña. Acércate.

Carlos salió de la sombra. Sonreían los ojos y la boca, y hasta las manos, tendidas sobre el mostrador, parecían sonreír.

–¿Qué andas buscando por aquí? – preguntó Carlos, mientras enseñaba una blanqueada dentadura que se confundía con la porcelana de aquel lugar.

–Me habían dicho que aquí, en las profundidades del hospital se esconde un chico guapo...

Carlos la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí con fuerza inaudita. Se apretujó contra sus caderas casi con violencia. Un ligero roce hizo eco por encima de aquel silencio cavernoso, como si de un estruendo se tratara.

Sus labios sonrientes se juntaron a los de ella, con la necesidad del amor oculto. El olor del lugar se tiñó del perfume fuerte que emanaba de sus pechos, mientras Carlos le abría la camisa rebelde con sus manos ansiosas.

Yo aún andaba cegado por el efecto de los focos, que sorpresivos me habían cogido con los ojos abiertos. Siempre pensé que a los cadáveres se les cubría la mirada, tal vez para que no buscaran al culpable de la muerte. Pero aún manteniéndolos abiertos, no conseguía ver nada en absoluto. Mi oído en cambio, perseguía con avidez el devenir que los ruidos iban marcando en mi mente.

El frío del níquel y de la porcelana, intentaban robar protagonismo en mis sentidos a la diversión de la escena imaginada. Y tan real aparecía en mi nublada mirada, que me parecía ver a los enamorados juntando sus cuerpos en busca del sexo opuesto. El roce de sus manos contra las ropas del contrario inundaba la habitación, en la que el silencio habitualmente imperaba. Y allí donde el sueño se convertía en eterno, aquellas percepciones me parecían una alucinación bruja, tan real que parecía ocurrir a mi lado

mismo. Una ensoñación que quería engañar a mis sentidos, fallecidos a fe mía... incluso amortajados.

Escuché cómo unos pasos atropellados se acercaban... las lenguas traviesas emitían ese sonido que aún recordaba placentero, cuando el juego del amor las convierte en provocación. Los dos cuerpos toparon contra el pilar de acero donde mi cuerpo se encontraba buscando el descanso eterno, que parecía hacerse rogar. Mi mano cayó sin fuerza, al exterior de su envoltura, mientras los enamorados rodaban contra la camilla, que fijada al suelo se mantenía a duras penas. Las manos inquietas de Carlos recorrían la espalda infinita de Marta, mientras ésta con pasión le rodeaba por los hombros. Las hormonas no daban tregua a dos cuerpos que se deseaban con impaciencia.

El sonido de una cremallera dio el toque culminante de emoción a la pasión escenificada en un lugar tan triste como lóbrego. Carlos suspiró mientras notaba el tacto de las manos delicadas de enfermera, entrando en sus partes hasta ahora privadas. Sin admitir palabra alguna, el portero se hizo partícipe del tacto frío de la camilla contra el final de su espalda al caer sus pantalones. Un ligero grito salió de su cuerpo, para ser ahogado de manera inmediata por la lengua transgresora de su amante.

Mi mano inerte comenzó a sentir la piel de los amantes entremezclándose con el gélido tacto del metal. Evité entrar en la escena y tan sólo intenté construirla en mi mente, gracias a los sonidos transmitidos a través del silencio de la sala. Pero ellos me habían convertido en el invitado de piedra, que sin intención alguna, introdujo su mano en las partes impúdicas de los amantes.

Carlos reparó en cómo multitud de extremidades le recorrían de manera inerte al ritmo de sus movimientos. Su mente se detuvo gélida, igual que el ambiente de la habitación, al sentir el abrazo de su amada cubriendole el rostro. Detuvo por un instante el juego que los mantenía assortos, sosteniendo los brazos de su amada...

—¿Cómo puede ser que tus dos manos se encuentren en mi cara?

—Es que me gusta acariciarte, mi amor.

—¿Quién me está tocando entonces...?

Comprendí que me había apropiado de la culpabilidad de manera exclusiva. Los tres miramos hacia el lugar que mis dedos habían ocupado equivocados.

—¡Aaaaaahhhh! — gritamos todos, mientras mi cuerpo se levantaba resucitado.



Tiempo de salitre, aliento de girasol.
Te esfumas si trato de atraparte.
Pájaros de fugaces cantos distraen la tarde
en esta ciudad de espesa y sulfurosa lluvia.
Sublimas mi ser adormecido,
crepuscular melodía, amor que aún irrumpie.
En el espejo se refleja un corazón que no palpitá.
Méceme en rebozo de seda y opalina
gritan las palabras que cuelgan del azogue.
Sangro y mi vestido se tiñe de genciana.

Viajo en burbujas de cristal,
escucho como crujе la hojarasca en el otoño.
Porque en mi refajo duermen mariposas
te santifico en mi altar de sueños,
fluye luz desde la grieta,
las espinas son negras, sudan dolor,
desnuda mi alma en el abismo gira, gira...
Sonido líquido del día, florecen lilas,
en la ventana estalla la tarde.
Vago descalza en la gruta más profunda.

Paraíso caníbal

Carlos G. Burgos
Fernando de las Cuevas Terán
Jesús Fornis Vaquero

Sólo cuando el tren se empezaba a mover, con algunos de sus pasajeros todavía despidiéndose desde las ventanillas, abandonaba el periódico para trotar a su lado como un crío, saltando hacia una y otra, abofeteando las caras asomadas de quienes abandonaban la ciudad.

Solía empezar por el vagón de primera, porque nada le satisfacía más, que hacer que monóculos, pamelas, o pitillos, saliesen disparados. Algunos intentaban devolvérsela, pero entonces el cuerpo se les vencía hacía delante y tenían que agarrarse para no caer de nuevo en esta ciudad de mierda. –Infame, malhechor, delincuente – vociferaban los de primera. –”Desgraciao”, bastardo, “malpario”, hijo de perra ...–era más propio de los pasajeros de cola. Cuando el silbato del Jefe de Estación sonaba con insistencia policial, y los mozos ferroviarios empezaban a correr tras él, corría por el andén como si éste fuera un espigón que

termina en un mar de grava, saltando para seguir al tren por la vía, como uno que lo hubiese perdido.

El tren nunca se detenía, y lo caído, perdido. A veces recogía un monóculo, o un bombín, y se lo ponía para despedir a su propietario con la mano, mientras hacía fuerza con una ceja, con sonrisa desordenada y perenne. –La madre que lo parió –decía el Jefe de Estación, con la suya, que le arqueaba el bigote. –Jodío Manolito, cualquier día le van a pillar y... –¿Quién es ese hombre? –preguntaba siempre el pariente de cualquier abofeteado. –Pues uno, al que le gusta despedirse de los que nos abandonan. –decía el Jefe. –¿Despedirse? Ese hombre es un criminal. –No hombre, es su forma de mostrar cariño. –al menos esa es la forma en la que siempre se lo mostraron a él: Su padre, que era un fabricante de zuecos, solía usarlos para reclamar su atención, y a su madre, sólo se la podía considerar más cariñosa, porque atendía una pescadería; y un lenguado siempre será más blando que un zueco. Aunque la madera no se come y Manolito siempre evitó comer pescado. Quizá fue la falta de afecto, o de fósforo, lo que hizo de él un tipo tan especial.

Reza el dicho popular que 'Todo roto tiene su descosío', y Manolito no era una excepción. En muchas de sus demostraciones afectuosas con para sus conciudadanos le acompañaba la Marga, o 'la bizca' como era conocida en su barrio. Su padre no era zapatero, en realidad no tenía oficio alguno, lo que sí le gustaba era pasear. Sacar su mano a pasear. Lo hacía con relativa frecuencia y sin motivo

aparente, quizás fuese su forma de demostrar su amor por ella, porque hacia lo mismo con su esposa y madre de su única hija. Entre bofetón y bofetón, la madre de 'la bizca' zurcía paños para venderlos en el mercadillo de los jueves, dejando la educación de su hija en manos, nunca mejor dicho, de su esposo.

No pasó mucho tiempo hasta que Marga pensó que ya era hora de demostrar al mundo que ella también podía ser afectuosa, y el día que conoció a Manolito, supo que éste sería un perfecto compañero.

Andaba la Marga trasteando junto a la estación, cuando se encontró a un tipo menudo, bombín en mano y nariz sangrante, que había sido acorralado por un individuo de considerable envergadura.

–Te va' a enterar 'malparío' – dijo alzando su puño.

No supo 'la bizca' si fueron tantos años de amor sufridos en su hogar lo que vio reflejado en aquella imagen, o un innato instinto protector lo que la hizo reaccionar, el caso es que cogió un canto y lo lanzó contra el atacante. A pesar de su ojo extraviado, Marga acertó al hombre en plena cabeza y una herida comenzó a sangrar en abundancia.

–¡Ahhh! ¡Hijos de mala madre! Si os agarro...

Manolito salió a la carrera, y 'la bizca', tras él.

Desde entonces se les solía ver juntos por la estación de tren repartiendo muestras de cariño a viajeros y familiares. ¡Tenían tanto amor que dar! Para Marga, formaban la pareja perfecta.

Claro que hasta las parejas perfectas tienen desavenencias.

—Que no me sigas.

Incluso las parejas más afectuosas.

—Que me dejes en paz, Bizca —y para que quedase claro—: ¡piérdete!

El “piérdete” iba acompañado de ordinario de un bofetón. Pero Marga había decidido demostrar su afecto al mundo, y el mundo empezaba por Manolito.

—Mira a Manolito.

—¡Manolito tiene novia, Manolito tiene novia! —se burlaban los críos al verlos.

Aunque, cuando no había críos pequeños delante (pequeños de estatura y de edad, no como ellos dos), ni burlas, Manolito descubrió que él también podía ser afectuoso con Marga entre bofetón y bofetón.

Muy afectuoso.

Tras nueve meses de bofetadas, cristales rotos y monóculos recolectados de las vías del tren, el fruto del afecto entre Marga y Manolito rompió a llorar. Pesó menos de dos kilos, quizá porque en aquel barrio y en aquella época faltaba mucho afecto, o mucho fósforo.

Unos años más tarde, el Jefe de Estación encontró con al pequeño Manuel. Tardó en reconocerle; cuando, le preguntó por sus padres, la respuesta —tajante— fue: “Se quieren mucho”.



Era un perro callejero que tenía una fama bastante fuerte en las calles que transitaba habitualmente, por lo que unos muchachos sin nada qué hacer le pintaron su cuerpo manchado con una lata de aerosol color azul. El perro ensordecido y medio mareado por los corrosivos, se fue tambaleándose por las calles, mientras miraba que los gatos se burlaban de su color tan anticuado. Pero lo que más le preocupaba, más allá de los gatos -luego tendría tiempo de vengar la ofensa-, era que la anciana del callejón ya no lo reconocería y, por lo mismo, ya no dejaría que se acercara al platón de sobras que acostumbra dejar para él y otros más de vez en cuando.

Preocupado y desorientado, quería pensar en algo para deshacerse de su pintura azul; cruzó la banqueta y miró a un niño comiendo un pedazo de pizza, el niño corrió asustado dejando caer el pedazo de pizza, pensó que era un perro extraterrestre. El perro pensó en una alternativa para comer en su estado azul.

Antes de llegar al otro lado de la calle, se detiene frente a un charco en el pavimento y se observa a sí mismo, trata de reconocerse. Empiezan a venir a él recuerdos episódicos de otras ocasiones en que se había visto en la necesidad de atacar a alguien por comida. Se queda ahí dejando que pase el tiempo, entonces, sin darse cuenta, un auto dobla por la esquina rápidamente y no logra esquivar su azulado cuerpo, dejando como resultado un golpe en sus patas traseras y la consiguiente sangre que se mezclaba con su de por sí peculiar color.

Llorando horas y horas, su dolor incrementaba minuciosamente y nadie se detenía a ayudarlo, a todo mundo le daba miedo esa cosa rara azulosa con manchas rojas en medio de la calle y que, aparte, lloraba. Los gatos no soportaban el rechinido quejumbroso de sus lamentos y huyeron de la calle, el perro se sentía muy, muy solo y pensaba que ni siquiera iba a morir de su color original.

Anocheciendo ya, los quejidos transformados en un sonido perdido en la noche -haciéndola tétrica, casi inhabitable- empiezan a ser cada vez más pausados, aunque prolongados, no sabría uno distinguir si se lloraba o si era su respiración la que emitía ese sonido que podía recordarle al carnicero aquella temporada que trabajó en el matadero, de la cual no salió bien librado, pues decidió renunciar al trabajo. No soportaba oír el quejido de las cabezas de ganado muriendo mientras eran desangradas.

Ni el carnicero ni Félix, el hijo mayor de éste, soportaban ese chillido lejano que se venía a posar frente a ellos, a interrumpir sus vidas, a traer recuerdos que implicaban

más sangre y más dolor aún, que aquella que el perro sufría en pleno pavimento.

El perro permanecía casi estático en el pavimento. Félix, que quería que su papá estuviera tranquilo, salió a mirar con machete en mano de dónde provenían esos chillidos. Con una vara, desde lejos, lo picó, el perro reaccionó con un quejido más fuerte. Félix sacó su machete y lo degolló.

Félix regresó adentro, dejando que el perro escurriera toda su sangre en el pavimento. No quería darle una muerte decente, no intentaba calmar su agonía, ni siquiera facilitar el trámite que el perro sufría. No, lo que quería Félix era poder sacar de su cabeza todas las ideas que rondaban en su mente y que lo ponían de malas, muy de malas, capaz de hacer eso y más con tal de no estar así. La última vez que se sintió tan de malas, las cosas no fueron tan sencillas, porque resulta que no era un perro moribundo quien sufría, quien lloraba largamente en la noche. Entonces sucede lo que pretendía evitar, se arremolinan en su cabeza las imágenes: aquel hijo que tuvo con la muchacha de la otra cuadra, a la que no conoció bien, pero a la cual folló cuantas veces pudo, porque ella era inocente, era débil, él la convencía con tan sólo insistir un poco; pero terminó embarazándola y su padre le advirtió que tendría que hacerse responsable del producto -él no podía verlo como su hijo-. ¿Qué quedaba ahora para él? trabajar miserablemente para mal alimentar a su nueva familia en un cuartucho que no valía la mitad de lo que costaba. Si las cosas hubieran sido tan fáciles como decapitar la sutileza de su padre histérico que proponía una vida miserable para todos: la utilización de los métodos arcaicos para el bien de la humanidad.

Una mañana, pasando las semanas, Félix se despertó en su cama rodeado de su cuarto de dos por tres metros cuadrados esperando algún mérito para excusar su vida, su sumisa pareja le hacía recordar que un perro murió.

Sabía, aunque se lo negaba todo el tiempo, que si no fuera un cobarde, no hubiera muerto el perro, hubiera muerto él. Recuerda, y ahora lo sabe, que ese quejido-llanto-respiración que emanaba del animal venía a hacer eco en sus entrañas; es por eso que le desesperaba escuchar largamente el mismo quejido que largamente ha ido sintiendo resonar en su pecho. Se siente vacío, sin nada adelante, ridiculizado, se da vergüenza a sí mismo. Tiene tantas ganas de tomar el machete y ponerse a desangrar en esa cama en la que ha sido confinado a sufrir -agónicamente- la compañía de un ser que ya no le apetece ni para dirigirle una buena cara. Pero es un cobarde; así se siente.

Desquiciándose cada vez más, le propuso a su tiempo el debate de la agónica incrustación de sus recuerdos felices. Y ahí se quedó esperando reivindicaciones a sus errores tan bien proporcionados en su vida. Recordó el periodo de la resurrección de su congénita manía de retorcido amor inesperado y la desdicha sincera excluida por la inútil inocencia de alguna ignorante femenina. Pensaba complicadamente en su desdicha, y sonrió sin nada más que esperar de la desdicha.



Trepo..., Arranco..., Miro...

T { Pedro Escudero Zumel
Juan Ángel Laguna Edroso
José Ignacio Becerril Polo }

1

Trepo con dificultad fuera de la trinchera. Ya he caído dos veces de espaldas sobre el fango y los cadáveres mutilados de mis compañeros. Clavo los dedos en el barro de las paredes sin preocuparme por los araños y las uñas rotas. No me importa. Ya no.

Por fin alcanzo la superficie. La Luna baña con su luz tenue las calles en ruinas creando un complejo entramado de sombras y claroscuros, que se recortan cubriendo los esqueletos de ladrillo y hormigón de la antaño orgullosa ciudad. No recuerdo su nombre, ni me importa.

Una bengala ilumina la noche. Dos figuras avanzan siguiendo la línea de la alameda. Tengo que impedirlo. Arrastro los pies en su dirección, pero un tirón repentino me detiene. Mis tripas se han enganchado en los restos retorcidos de una viga de hierro. Nada me detendrá. Arranco mis intestinos y continúo mi avance hacia los soldados.

2

Arranco mis intestinos y continúo mi avance hacia los soldados. Los agito sobre mi cabeza como un macabra cadena que escupe reproches y coágulos, y ellos se deshacen como cenizas y sombras un mal sueño, como polvo de huesos en un eterno campo de batalla. Caigo de rodillas, agotado y derrotado, y espero a los cuervos. Vienen. Me irritan con su cháchara de graznidos inconclusos.

Un grito nace en mi garganta y salen volando en una hórrida estela de plumas enloquecidas que cae sobre mí como un funesto augurio.

Miro a mi alrededor y los campos de ceniza se me antojan un crepúsculo de sueños en el que me odio eviscerado.

3

Miro a mi alrededor y los campos de ceniza se me antojan un crepúsculo de sueños en el que me odio eviscerado. Sujeto mis entrañas fugitivas mientras buscó entre la muerte y los fantasmas una imposible huida de este infierno desatado. El cielo estalla formando flores de sangre y nubes mientras se desploma en lágrimas negras. Y entre ellas los mensajeros de la muerte siguen buscando nuevas víctimas a quien arrastrar en su sino maléfico.

Nada queda ya de un mundo que por lejano apenas es soñado. Nada existe salvo barro y excrementos, carne podrida y miedo. La trinchera es nuestra tumba y muerdo mis labios porque ya nadie puede escuchar mis gritos, mi dolor, mi vida que se fuga de mi vientre abierto. Y los ojos

de mi compañero me observan fríos e indecisos, detenidos en su última palabra, en su último pensamiento, en su último jirón de conciencia antes de que su cerebro se abriera como una fruta madura, antes de que los tambores del infierno anunciaran la venida del primer ángel. Aquél que nos ha de llevar a todos. Aquél que escuchó galopar en el horizonte ocre, entre humo y rugidos, justo antes de que todo desaparezca. Un dios que no es el mío husmea complacido entre los cadáveres de mi alma extinta.

4

Un dios que no es el mío husmea complacido entre los cadáveres de mi alma extinta. Repta por los recovecos de mi conciencia, arrancando mi inocencia y alimentándose de ella. Veo todo tamizado con los ojos de la muerte. La alegría, la amistad y el amor, no son más que sombras vagas de un recuerdo doloroso.

Las balas silban a mi alrededor. Algunas me impactan, unas atravesándome, otras reposando en mis carnes tumefactas. Una racha de viento aparta las nubes y los soldados ven mi rostro consumido. Huyen aterrorizados. Consigo agarrar a uno. Debo detener este sinsentido, esta matanza que a nadie beneficia. En el fondo de mi conciencia escucho el eco de una risa malsana. Hay algo ahí. El muchacho se resiste y aprieto con más fuerza. Su cuello crujе al romperse. Intento hablar, explicarles, pero de mi garganta sólo surge un gemido vacilante.

Intento hablar, explicarles, pero de mi garganta sólo surge un gemido vacilante. Me apoyo en el árbol del ahorcado, anhelando una bocanada de aire que no llega, y vomito sobre sus raíces profundas como el dolor del alma. Mis ojos se prendan de su corteza, rugosa y negra, y me pregunto qué hago allí, agonizando en el fin del mundo.

Trastabillo, ebrio de dolor y desesperación y busco mi salida del laberinto. Los cuervos revolotean cual buitres hambrientos sobre mi cabeza, pero no quedan vísceras en mi cuerpo con las que saciar su impía hambre.

“¡Idos!” aúllo desgarrándome por dentro. “¡Idos y abandonad esta carroña a su destino!”

Entonces mis labios se distienden en una carcajada demente y sé, como sabes que no podrás nadar si caes al pozo negro, que los dados están trucados y él me ha ganado la partida.

Entonces mis labios se distienden en una carcajada demente y sé, como sabes que no podrás nadar si caes al pozo negro, que los dados están trucados y él me ha ganado la partida. Estrujo con rabia incontenida la notificación y la arrojó lejos de mí, como si con ese gesto pueril pudiese ignorar la condenación que supone. Nadie regresa del frente este. Y si lo hace, es un cascarón vacío sin alma dentro. Puede que sea culpa mía por haber querido jugar a ser dios, o diablo, o simplemente humano. En el tiempo de las máquinas no es juicioso pararse a pensar.

Pero, ¿cómo detener un corazón que bombea, un pecho que respira, unos ojos que contemplan? Salgo de la habitación al frío porche y me enciendo un cigarrillo. Todo es tan gris como el humo que vomito de mis pulmones y que nunca podrá matarme porque una esquirla de plomo se le adelantará voraz. Trato de imaginar como era ese sol que cuentan se esconde tras las eterna niebla. Y huiría si pudiera recordar un lugar al que ir, o simplemente, algo que no fueran la voces que me niegan.

7

Y huiría si pudiera recordar un lugar al que ir, o simplemente, algo que no fueran la voces que me niegan. Entonces un grito agónico surge de mis labios. El silencio como jamás lo hubiera imaginado se adueña de las calles. Incluso el viento parece apaciguararse ante mi furia. No recuerdo mi nombre. No sé quién soy. Me derrumbo sobre una pila de cascotes. El dios-demonio que pulula por los recovecos de mi alma me susurra: - Yo sé la solución.

Aprovechan para acercarse. Permito que me rodeen. Si me atacan, no harán mal a nadie. Se abalanzan sobre mí gritando; y uno a uno los acallo.

Mis manos abotargadas han quebrado sus cuellos, rasgado sus carnes y esparcido sus vísceras, pero no les importa, han comprendido mi mensaje y arrastran sus pies congregándose a mí alrededor.

Mis manos abotargadas han quebrado sus cuellos, rasgado sus carnes y esparcido sus vísceras, pero no les importa: han comprendido mi mensaje y arrastran sus pies congregándose a mí alrededor.

¿¡Hermanos!? ¿¡¡Hermanos!!? ¿¡¡¡Somos hermanos!!!?

Estallo en carcajadas, rey macabro de un mundo en ruinas. Ellos, en torno a mí, danzan en un aquelarre imposible, sus pies descarnados chapoteando en el cieno de sus propias tripas. ¿Quién empezó esta locura cuando todavía podríamos haber evitado que naciera? ¿Cómo saberlo? Sus ojos, los pocos que quedan aferrados a las cuencas y no se balancean bajo el influjo del baile como perlas de un collar demoníaco, me observan, me juzgan. Y yo sé que no hay perdón para mis pecados.

Hastiado y ahító de sangre derramada, camino hacia el horizonte hasta encontrar el marco del espejo soñando poder atravesarlo y huir de mi propia pesadilla.

Hastiado y ahító de sangre derramada, camino hacia el horizonte hasta encontrar el marco del espejo soñando poder atravesarlo y huir de mi propia pesadilla. Asqueado me arranco las insignias de mi uniforme, y arrojo mi arma humeante de muerte inocente lejos de mí. Ignoro las advertencias y blasfemias de mi superior, porque sólo quiero escapar de allí, olvidar la ignominia cometida, refugiarme en los recuerdos de un mundo que cada vez se

me desdibuja mas, y donde yo era un chiquillo que creía en hadas y duendes. En el que jugaba con niños como los que acabo de destripar con mi bayoneta, y donde madres como las que ahora gritan de dolor a mis espaldas me traían chocolate caliente y se quedaban junto a mí hasta que me dormía.

Pero sé que nunca podré olvidar la masacre que acabamos de cometer en la escuela de Saint Dorsey, y que ni mis manos ni mis ojos ni mi alma se libraran jamás de los fantasmas de los inocentes. Mi única redención posible es la verdad. El mundo debe saber. Mi voz debe resonar clara y valiente hasta el último confín de este infierno, allí donde todavía viven hombres.

10

Mi voz deber resonar clara y valiente hasta el último confín de este infierno, allí donde todavía viven hombres. ¡Que teman mi ira! Si las palabras no aplacan sus ansias de sangre, si sus esposas e hijos no son razón suficiente para que arrojen sus armas y regresen a sus hogares, si la bondad a abandonado sus corazones, permitiré que el dios cruel que palpita en mis entrañas me ceda su voz. Dejaré que su capricho guíe mis actos; y entonces, sólo entonces, contemplaré como los pocos supervivientes que, atemorizados, huyen temiendo encontrarse conmigo o mi hueste, abandonan por siempre estas ruinas. ¡Que los relatos desvelen los sueños de poder y gloria de sus dirigentes, y abandonen por siempre sus ansias de conquista!

Quisimos una eternidad de paz, pero regresaron con ejércitos y máquinas de guerra, así que les redujimos a cenizas y sus números se unieron a los nuestros.

11

Quisimos una eternidad en paz, pero regresaron con ejércitos y máquinas de guerra, así que los redujimos a cenizas y sus números se unieron a los nuestros. Tras ellos sólo quedó un silencio trágico roto por algunos susurros dislocados. ¿Podríamos haberlo resuelto de otro modo? Sí, seguramente, pero los cuervos seguirían sedientos de sangre. Jueces y verdugos y víctimas y sospechosos, pero siempre con la vanidad por bandera.

“Hemos muerto”, le dije a la calavera que reposaba a mi lado, y ella, fiel a su naturaleza, me devolvió una sonrisa seca como la eternidad. “Es el momento de alzarnos y caminar hacia el avenir, esa bestia de siete cabezas”, añadí por no sentirme tan solo. Sin embargo, no esperaba que se pusiera en pie, ni que formáramos una santa compañía de marionetas huesudas exponiendo su vergonzosa vulnerabilidad al viento.

12

Sin embargo, no esperaba que se pusiera en pie, ni que formáramos una santa compañía de marionetas huesudas exponiendo su vergonzosa vulnerabilidad al viento. El teniente volvió a golpearle ante nuestra indiferencia, soldados de plomo, esbirros sumisos y obscenos, arrojándole de nuevo al suelo. Y nuevamente aquel pobre

y menudo profesor volvió a incorporarse orgulloso, con las gafas rotas y vomitando sangre. Su dignidad, su coraje frente a nuestro iracundo y bisoño oficial acabó por crisparle los nervios. Los mandos no soportan que se ponga en duda su superioridad. Así que, esta vez, aparte del culatazo, cuando lo vio en el suelo le escupió y descerrajo un tiro que le reventó la cabeza.

¿Por qué no reaccionamos? ¿Por qué nos quedamos impasibles mirando como su cerebro se desparramaba sobre la arena, mientras sus pequeños alumnos lloraban y las mujeres gritaban de horror? ¿Cómo consiguieron arrebatarnos el honor, la razón, la bondad, y convertirnos en perros de presa? Pero, sobre todo, ¿por qué obedecimos su orden de atacar a aquellos niños y arrasar aquella escuela? Lo hicimos, y el propio Dios, hastiado y abatido, tuvo que cerrar los ojos para no ver semejante infamia.

13

Lo hicimos, y el propio Dios, hastiado y abatido, tuvo que cerrar los ojos para no ver semejante infamia. El mundo estaba tan contaminado que hubimos de expandirnos como una ola de devastación purificadora. Arrasamos ciudades, asesinamos naciones y demolimos los monumentos a su gloria. Nos alzamos como jueces mientras Dios y el Dios-Diablo observaban como lo que creían una mera herramienta escapaba de su control. Desterré las voces de mi alma, que aullaron de rabia. Y enviaron a sus tropas celestiales y demoníacas para abatirnos, pero nuestro nombre era Legión, y los devoramos. Decoramos con sus

cráneos nuestros cubiles y fabricamos un tapiz con las plumas ensangrentadas de los caídos.

Instauramos una era de terror que hubo de prolongarse durante tres generaciones, hasta que no quedó nacido anterior a nuestro reinado de muertos que caminan.

14

Instauramos una era de terror que hubo de prolongarse durante tres generaciones, hasta que no quedó nacido anterior a nuestro reinado de muertos que caminan. Fue entonces que tuvimos que beber de las aguas estancadas y comer de las cenizas. Sólo la soledad de nuestras miradas huecas pudo acompañarnos hasta que las arañas tejieron, misericordes, vendas de telarañas.

Sólo sangre, sólo sangre y recuerdos arrancados por el viento, asustados como fantasmas en esta memoria enloquecida. Caminar, vagar, y al final sentarse en nuestro trono de huesos, monarcas esqueléticos, y coronas de muertos.

Y cuando ya ni esperanza ni tiempo quedaron, pugnar y pugnar por arañar la tierra que sella el sepulcro de nuestra raza en busca de un soplo de aire o un murmullo apagado.

Y cuando ya ni esperanza ni tiempo quedaron, pugnar y pugnar por araÑar la tierra que sella el sepulcro de nuestra raza en busca de un soplo de aire o un murmullo apagado. Aunque sé que ya nada me puede ser dado. Conmigo muere la esperanza, y sólo quedan ya las bestias. Incluso las imágenes de mis últimos días, de mis momentos postreros, desaparecen como jirones de bruma en la mañana. Poco importa ya su orden o si fueron tal y como los recuerdo. Ni siquiera si son míos o prestados por mis compañeros de osario ¿Fui yo el soldado, el muerto, el traidor? ¿el boche, el francotirador, o la rata? Qué importa mi rostro o lo que hice. Todos somos polvo y ceniza en esta fosa común. Hojas que el viento arrastra dispersas, cruzándose y confundiéndose como piezas de un infinito puzzle. Lo que cada cual vea en ellas es sólo cuestión suya y de su alma.

Y si al asomarte para beber sobre las diáfanas aguas de un riachuelo, alguna se posa indolente a tu lado y no puedes evitar mirarla, recuerda que lo que traen son sólo sombras. Sombras en las que estoy de nuevo allí, aterido de frío, temblando asustado mientras me abrazo a mi fusil. En las que otra vez oigo las explosiones y sé que no puede quedarme quieto si quiero sobrevivir. Trepo con dificultad fuera de la trinchera.





{ Construyendo }

Andrea Maza, Martin Tourn,
Diego Casas, Angelica Maza,
Steven Ferreyra y Jazmin Lopez

Técnica: Mixta.(cadáver exquisito) Tamaño: 1, 30 mts x 1, 89mts. Año: 2006.

Una tarde parda y fría

T {

Carlos Esteban
Álvaro Altozano

}

Ya sólo quedan sombras. Ceniza, de lo que fue una vida extraordinaria. Me asomo apenas al balcón de ventanales rotos y la ciudad arde a mis pies, una pila funeraria para mis sueños. Tan grande es el vacío como lo fue la gloria.

Y es este sucederse monótono de las horas. Las tardes dan paso al gran aposento de las sombras. Y, sin apenas notarlo, ya entreabiertos los ojos, el sol se cuela apenas entre las cortinas de mi cuarto. Y entre las sábanas, con el recuerdo de la noche aún en la boca, me digo: "Sí, ya me levanto". Las mañanas a las tardes son iguales. Dolor, no más.

Recorro los pasillos vacíos. Nadie se atreve aún a entrar, y los de dentro han huido. Todos. Ayer vi a dos esclavos arramblar con los tapices de una sala en la que apenas he entrado. Quedaron mudos al verme, como quien ve a un fantasma. Luego, uno de ellos dio un codazo al otro y precipitaron su labor. Un fantasma, en efecto.

Ni la sombra me reconoce ya. Las columnatas del templo, desgastadas, trabajadas por ese escultor incansable: el tiempo. El tiempo, inasible, hace habitación en nuestros rostros para dejar constancia de su paso. Frente al espejo, que duplica mi imagen con matemática perversa, comienzo el triste ritual de los gestos mecánicos: me afeito con la esperanza de reconocer un rostro nuevo.

¿Es éste, verdaderamente, mi rostro? Nadie me habló, cuando fui grande-¿ayer?- de estos cabellos ralos, de este gesto abotargado, de estos ojillos enrojecidos de crueldad y luxuria, de tanto surco, de tanta arruga. La cara que me he hecho, tan distinta de aquella que los demás juraban ver brillar como el sol antes de que empezara toda esta mi ruina.

Mientras, un nombre se evita, y sin embargo lo leo grabado en cada sombra, pronunciado en cada silencio. El amigo. El rival. Fue mi hermano, el más cercano a mi corazón. Hubo un tiempo en que me glorié de encontrarle grande, más que yo. Un tiempo en que mi pensamiento parecía casar con el suyo como una sola frase coherente. Yo fui su muerte. Muerto, él es la mía.

Pertenecemos a una familia antigua. Tal vez la más antigua del mundo. Él lo sabía. Como sabía también que un día habíamos de sucumbir, incapaces de adaptarnos a un nuevo orden de cosas que apenas comprendíamos.

¿Cuándo sucedió? Él nunca, nunca desafió mi primacía, aunque mi actitud debería haberle animado a hacerlo. Sí, aunque se me hiciese imposible comprender, lo hubiera aceptado. Entonces.

Nuestros padres hablaban con nostalgia del pasado. Sobre todo mi madre, que se creía culpable, creo. Para nosotros sólo eran historias que contar. El mundo era grande, como nuestra esperanza.

Pero en casa el pasado acababa siempre siendo más fuerte que el presente, y mil veces más que el futuro. El pasado era el aire que respirábamos, y las sombras de tanto nombre glorioso, más vivos que los vivos, llegaban a hacer irrespirables los salones. Éramos nosotros, quienes vivíamos, las meras sombras, los diligentes notarios de aquellas figuras que tanto habían elevado nuestro nombre. Ellos vivían; nosotros apenas custodiábamos su recuerdo.

Nos aplicábamos con diligencia en nuestras labores. He de confesar que yo, aun no careciendo de voluntad, no lograba lo que él conseguía sin aparente esfuerzo. Lo veía con gesto risueño, ensoñándose en la contemplación de las nubes o quizá, adivinando una presencia oculta que parecía el eco de una voz que antaño hablaba, amable, en el rumor del viento meciendo las hojas de los árboles. Y también, terrible en ocasiones, cuando se expresaba en las olas que rompían con furia en los acantilados.

Lo confieso, yo siempre estuve más apegado a la tierra.

Mi padre fue otra sombra. Mientras le tuvimos, el bastardo y yo apenas vimos de él otra cosa que su caminar muelle y silente en impredecibles estancias. Luego, pronto, murió. Él, el bastardo, fue en mucho mi padre.

Tal vez por ello, también buscábamos un padre más allá de nuestro padre.

Buscaba. Ya no se oye nada. Él buscaba ese padre, ese padre extraño, que le puso esos ojos que me atravesaban, que le dictó esas palabras que le hicieron irrevocablemente traidor. No, no se oye nada.

Y fue ese silencio, oscuro, el que comenzó a carcomerme. Yo trataba, en vano, de encontrar respuestas, de escuchar la Voz. Cumplía estrictamente con los rituales, con las ofrendas. Humo. Mis plegarias no llegaban al cielo. El silencio trajo el silencio. Me sumí en un rencor reconcentrado, mudo.

Llevé bien que mi padre le mirara primero al hablar: yo hacía lo mismo. Pero a él le llegaba la Voz, que me ignoraba. Fue entonces, cuando él entró en un secreto que me excluía, cuando empezó todo. Nunca había habido barreras entre nosotros. Le fui leal mientras pude. Fue él quien me traicionó por otro, por el Otro.

Sus ofrendas sí eran bien recibidas. Aunque a mí me pareciesen crueles. Todo para aplacar la eterna sed de sangre de un padre cruel. Si eso era lo que quería habría sangre.

Sangre. He hecho llover sangre sobre el reino. El rojo ha sido el color con que he teñido mis días, sangre, sangre, ríos, lagos, océanos de sangre. Me marea ver la mía en una herida nimia, pero me he complacido en los sacrificios y me he emborrachado con el gusto dulzón de la sangre ajena.

La muerte ya había entrado en nuestro reino. No por sus sacrificios, sino antes. Se sabía, pero no se hablaba. Flotaba en el aire como un presentimiento. Hasta que un día me llegó un olor dulzón, punzante. Sentí nauseas. Una extraña orgía de gusanos y moscas, que celebraban su banquete sobre el

cadáver de un mulo de carga. Traté en vano de buscar los ojos mansos y resignados del pobre animal. Nada. Tan sólo eso, el abismo implacable y oscuro de la nada.

Fue el Año de las Moscas: así lo bautizaron los arúspices. De la sangre, hubiera sido menos piadoso pero más exacto. De la muerte. Omnipresente, constante, implacable.

He hablado, como de pasada, de mi herida. Duele y jamás cicatriza. Pero es ella la que me ha hecho fuerte, invulnerable. También la que me ha desterrado para siempre del trato de los hombres.

Jugueteaba con la idea de imprimirla en la frente de mi hijo, que él hiciera lo mismo con sus descendientes, para que luciera como corona, como señal de legitimidad. Pero ese aborto, ese ser de alma tan débil e informe como su cuerpo, murió, creo, hace tiempo. Dudo que fuera mi hijo.

Dicen, sin embargo, que mi estirpe se perpetúa; que los siglos, horrorizados, asisten sin tregua a la repetición sangrienta de mi acto fraticida. Me llegan ecos de guerra del jardín de las hespérides, donde se dice que mis descendientes tienen su asiento.

Pero he oído tanto en estos años...He exterminado pueblos porque no me gustaba una forma de peinado, arrasado ciudades hasta los cimientos porque su nombre aparecía en una rima ominosa...he visto hombres desmayarse e incluso morir cuando volvía súbitamente la mirada sobre ellos. ¿Qué no me dirían los sicofantes para evitar mi ira, para medrar?

Y sin embargo, hoy, he desterrado de mí toda forma de violencia. Busco mi fin, pero mi fin me evita. Es la señal: setenta veces siete. Así, he errado por el globo de la tierra y el agua... Judío errante de mí mismo. Bebo con amargura el cáliz hasta las heces, el vino viejo. Sé que él, mi semejante, mi hermano, beberá el vino nuevo. Abel, Abel, mon semblable, mon frère.

§

A pesar de
que las manos
me llevaban a
formar ojos...

Corina Heredia Clariá
Horacio Gigli
Isabel Ali

A pesar de que las manos me llevan a formar ojos, el pensamiento me hace contemplar la Tierra.

Y el sol es la fuente. No hay otra luz cercana. Es entonces el sol el que me permite ver y es el origen de lo que veo. Gravito en torno a él, con un giro devoto, de gratitud. El sol, el calor, la vida. Y percibo, registro, conozco, dejo constancia. Contribuyo a la labor traduciendo la espontaneidad en memoria. Amaso la sustancia de la luz, la otra realidad, la que queda en el alma y perdura, inocente, intacta, más allá de cualquier materia.

Donde se proyectan las sombras. Allí rodabas, ingravido entre mis manos inquietas. Difícil de sostener, inmutable. Todas mis predicciones fallaban a la hora de resignarte. Flotabas sobre mis ansias como un perfume que sugería silencios al borde de los aullidos. Hollejos, pellejos, jirones de piel viva.

Te veo desollado, con los ojos de mi pensamiento. Hasta que puedo verte con los ojos de mi cara. Entonces nunca sabré a quién estoy mirando...

Te sobra una mecha amarilla, anaranjada. Un embrión de llamarada temblando en la oscuridad de los profundos marrones que te tiñen. Me apropió de tu flama desgajándola y te robo la luz. Te robo la mirada y te dejo mirando. Mirando sólo hacia adentro.

Adentro eres bello. Estás lleno de ira y de despechos, pero eres bello. Casi tanto como si fueras humano. Bellamente humano. Tal vez, también te veo un poco azul. Sobretodo cuando te miro de costado, parpadeando en cada punto y seguido de lo que escribo. No logro percibirte de otra forma todavía.

La tarde todavía fluye, se desliza, aparejando las almas en torno a un papel cubierto de letras. Varitas mágicas.

Por arte de magia me olvidé de lo que iba a decirte. Te oí crepitante por horas sin terminar de incendiarte. Y por eso tu voz de fuego era también ininteligible, porque en vos: la voz y el fuego son un juego.

Y yo quiero divertirme en tu cabellera, quiero ver la piel cayendo como un peto de oro con un ruido escandaloso contra el suelo, empuñar el cuchillo, rebanar la duda como si se cortara en dos una naranja. Absorber la sal y dormir la siesta de los encantos con la puerta cerrada a las esperas y el corazón abierto a los relámpagos.

Te doy el libre albedrío. Puedes salir. Aunque yo prefiero guardarte en la sombra gris de los renglones.

Te pinto bigotes, te bronceo y te borro. Nadie luce más absurdo que la palabra desarmada, inerme, sin sentido. Mirándose al espejo con gesto de no me olvides y actitud perejilina. Verde. Verde. Tan verde que madurarte me llevará una vida o varias reencarnaciones.

De vuelta tras la inmortalidad, frente a la muerte, al lado de los lustros y el tiempo infinito que cae encima de nuestra carne vulnerable. Te seguí. Fue difícil. Y fue magnífico. Fue tragicómico. Porque pude haberte abandonado en el cajón del escritorio. Pero te rescaté. Te liberé sobre la mesa y no estallaste en mis narices como un conejo explosivo. Te quedaste mirándome. Y te seguí en la huida inmóvil hacia el silencio.



A dos voces

1

Carmen Valladolid Benítez
Antonio J. Sánchez Fernández

»El fiambre iluminado

(Cada rodaja cuenta en los cuentos compartidos)

Dependo de la luna para quererte:
la luz del sol
me hiere la piel y las pupilas

derramada entre balcones
se me des-pren-den
las ganas y los cuen-
tos

ya sólo te creo si te ocultas
entre engañosos contraluces de
noche y plata
donde tu rostro sin aliento
da título al poniente
e impone quietud
a las ventanas

Hubo un tiempo de perfiles claros
en que mirábamos de frente
y yo conocía tu nombre

Por la v e r e d a se nos fueron

C
A
Y
E
N
D
O

Las letras

hasta desdecirnos del instante

Quise morir entonces en tu boca cielo
reencarnarme

si
no
te
importara

en corteza árbol

El mundo se fue difuminando
en tibia espuma de pasiones
hasta que sólo me quedó
un rayo de luna al que agarrarme

y no quise
res-ba-lar la miel en titubeos
deserté del limbo por principio
y me hice litografía,

abstracto movimiento ante tus ojos

»Algodón de azúcar

Te recuerdo en el instante del gozo:
Puedo olvidar tu forma de andar,
tu charla interminable,
los colores de tu ropa.
Me basta para construirte
el recuerdo de ese instante
trufado de eternidad

te camino cuando duermes
tu vena y su oleaje
el canto de saliva que me eleva
dejando el cuerpo a tierra y la piel fabricando nubes
desde donde comprender
tu estado etéreo

Un solo temblor te define un solo jadeo te revela un
solo estallido te delata

dos los contornos aristas
contenedores de hálito
nos cabalga lo trémulo
con su lengua de arena

Dicen que ahí afuera
hay gente ciudades ríos máquinas
pero yo dudo de que exista algo más allá
del instante inacabable del gozo

¿lo dudo o lo sé?

monótono fluir tiene el recuerdo
todos
menos
éste

se instala arrítmico
queriendo
y late late late

la burbuja sin amarrare
intuye trayectoria de globos

Diciembre nos habla

Eres mi cauce.
Las aguas dispersas de mi historia
se reúnen por el desfiladero
que discurre entre tus ojos.

Eres mi aljibe
recién llovido a mí
tembloroso me reflejas
con la perfección
de un

L

A

G

LAGOGAL

G

A

L

Agua eres:

te bebo para calmar
mi sed de ternura
sobre mi piel te derramo
para limpiar viejas cicatrices

contempla la ruta
de los vientres
que crecen cristalinos

no hay dolor
que el tiempo no roce

»R-EVOLUCIÓN

Al principio

Fueron palabras brillantes:

Azul, nostalgia

Vocablos elevados:

Olivar, alcazaba

Con-tacto suave

Frialdad más tarde

El dique agrieta

p-a-l-a-b-r-a-s

MANCHADAS de realidad

Radios coches calvicies

Hasta que la vida A

B

R

I

Ó caminos

ReventÓ

Arr as t r ó

Normas tradiciones

Ahora digo versos

Y habla la poesía

Con ecos de calle de periódico

Voz en zapatillas

Grito en vida plena

Camino sobre arenas negras:
una cirugía implacable
disecciona pájaros y luces,
la boca me sabe a estaño.
Camino solo, camino herido,
sobre arenas negras,
sobre metralla de planetas viejos,
sobre el frío y la herrumbre.
y no me detendrán:
ni las manos de niebla
ni las redes de pescadores encallecidos
ni las frutas amargas me detendrán

nado pegado al fondo,
vientre arañado por corales
que guardan el color de mi sangre;
y lo que no parece posible
sucede.

el sol rasga
los paisajes de humo
y me encuentra.
me miro en su dorado filo
y sin querer
mi cuerpo
SUBE
quien sabe si para volar

COS-(H)ECHAS

Tengo el cuerpo lleno de abril
Re-vien-TAN brazos
en pequeños corazones.

Aguas brotan hacia dentro
luz que prende matices
verde
azul
mano de bebé
persiguiendo al sol.

Pasó el tiempo de cerrojos,
tiempo de techos

Los pies salieron de la tierra
y por algún sortilegio
tienen a l a s

Aire somos,
disueltos en vida
mixtura en cada trozo

Nos amasan fieras de viento
haciéndonos rodar enharinados
la forma luego
El torno manosea trinos, perfumes,

lluvias r
e
p e n t
i
n a s

me recuerdo en agosto
en sequía del ayer
pero soy un húmedo presente

»VOLADERA

Tengo beso de puerta redonda
latiéndome en la uña
Luz de abeja
me sale por la boca
en

vi te c
bran a
 s
c
a
d
a

Donde duerme la luna
me acanasto
 me baño en agua blanca
de cuenco mano
destiñendo la metáfora
 para vestirme desvistiendo
en un juego-jugo sin mareas.

El redondel
se dispara de mi anzuelo
te persigue, acorrala, rinde

influye desde ayer la piedra
porque distingo el hoy

y liberto argucias

como m

u

e

l l e s que hacen mapas

Una ruta

- no hay trayectos -

deambular

por perfumes arterias días

pinto el juego de la china

un pie almaceno

otro soberano que elige

y en la vuelta sé

que mi canto solo es yeso



Palomas en llamas

Pablo Tejerina García
Juanma Aguado Ramon
Pepe Más Izquierdo
Carlos Martí Gómez-Aldaraví
Samuel Martos Mínguez

Aquel vagabundo se lo pensaría dos veces antes de entrar en aquella charcutería llena de palomas en llamas. Tras una breve pausa, el bombero emprendió un cómico ataque hacia el edificio de cincuenta y cinco millones de pisos ecuánimes y vigorosos. Mientras, Johnny se dirigió al señor policía con nocturnidad y alevosía al tiempo que se comía un zapato de color marrón con un dibujo de un conejo azul el cual podía apreciar las mágicas manchas marrones a las que amaba respetaba y admiraba con toda su alma de caballero medioevo-feudal, de honor más que dudoso, ya que tuvo diversos encuentros con una canica asesina desbordada cuyo pasado oculto era francamente...¡Terrible! Daba miedo sólo pensar cuan terrible podía llegar a ser aquel enorme objeto al que ya he hecho alusión anteriormente, sin mucho éxito entre las mujeres de los cazadores manchúes por su danza contemporánea de apareamiento que no cesaba de

repetirse sin cesar, llegando incluso a convertirse en un hito copulativo en la oración subordinada sustantiva. ¡OH no! Margen de error +-0.1%, vuelvan a repetirlo, o de lo contrario no estará “perfecto” tal y como dijo el gran Jaime Sopotamia, profeta en el desierto muerto, tuerto, pero aún así grande, ya que realizó una labor importante en la Defensa Internacional de Lameculos Oficiales (DILO), cuyo lema es:

“Vive bien, come bien, lame culos y no mires nunca hacia atrás”, porque así y solo así será como te harás a un hombre de verdad digno de toda mi confianza, hecho y derecho, pantagruélico, pero a pesar de lo que piense tu puta madre, no estoy loco.



Secuelas

T ZazilHa González Gaxiola
José Eduardo Perezchica Vega

El movimiento fugaz que arrastraba las plantas de tus pies me fué llevando hasta la cocina. Mi mente sin despertar aún, ya te buscaba.

Tu calor y perfume invadían las cuatro paredes amarillas, iluminadas sin ti alrededor.

Saberte ausente. Aún antes de tu partida ya te habías marchado. Tan sólo abro los ojos par atestiguar el final de tu huída.

Y amanezco sin tu piel al lado izquierdo del colchón, saboreando entre labios una despedida. El vacío se prolonga entre mis brazos, entre mis piernas. Se muestra violento en el plato de más servido sobre la mesa. Un silencio ensordece la imagen que tengo de ti, en la silla colocada frente a la escalera.

Abro la ventana. Hace un par de horas que te fuiste definitivamente. No me apeteció ir al trabajo. No le encuentro sentido a explotar en público. Mejor, me dejaré derramar

aquí mismo hasta que la resequedad y la impaciencia me motiven a poner un pié fuera de este lugar.

Solo dentro de tu ausencia te puedo crear, te pienso desértica pero volando; las alas: tus pies.

No empecé a extrañarte, sino hasta la amenaza de tu abandono. Desértica me quemas. Me dejas a mi propia suerte, sin algo que me oriente o que me diga al menos cómo dejar de pensar en ti.

El televisor encendido y en silencio. Por la ventana entra la luz, la brisa, la humedad del día. ¿Por qué no me guardaste un par de alas para mí?

Sin embargo continuas aquí, te mueves con ese viento que golpeaba mis mejillas, el mismo que te alejó de este espacio que yo guardo para ti.

¡Maldito viento!

Te adueñaste del olor a su perfume y juegas con la distancia que pusiste entre los dos, trayéndome oleadas de su aroma. Embriagas la idea de no tenerle, mareas mi calma mientras a lo lejos suena la playa de los recuerdos.

Ahora, estoy ebrio de su ausencia. Festejo y lloro como nunca. Me regodeo del sufrimiento y lo presumo ante mis fantasmas. Le grito a la cara y su ausencia me devuelve un silencio que se me clava en el estómago. Soy un maldito borracho que se vuelve adicto a respirar el dolor. El cuerpo me duele y aún me falta vomitar el veneno que fui guardando a la espera de que cambiara de opinión.

Se marchó.



Sin palabras

Liliana Elizabeth Álvarez Bravo
Martha Lizeth López Bedolla
Margarita Servin Muñoz
Nancy Gissela Reyes Parra
Zokally Trejo Villaescusa

Esa noche bajé del auto sintiendo el alma hecha pedazos, pidiendo socorro y auxilio, de pronto volteé y un gato negro se atravesó en mi camino corriendo despavorido. Pensé que mala suerte la mía, un mal augurio en tan mala noche, me disponía entrar a casa, cuando observé a otro gato negro, aún mas grande, que caminaba tranquilo tras el otro, al verme sin inmutarse detuvo su marcha, y se sentó moviendo la cola. Caminé por mi jardín, y aún podía verlo, me detuve, y nuestros ojos coincidieron un instante, entonces comprendí que mi suerte estaba esperando ser recogida. Continué mi camino y entré a casa para darme cuenta que... la vida jamás se cansa de dar bofetadas.

Al oír murmullos en la habitación, me alarmé, y me quité los zapatos para hacer el menor ruido posible, subí la escalera, y conforme subía, comprendía mejor esos sonidos, que sólo denotaban explosiones de placer. Ahí

estaba el hombre que tanto había jurado amarme, que me había propuesto compartir no solo una casa, sino una vida, revolviendo las sábanas con una desconocida.

Los minutos posteriores, fueron tan rápidos tan fugaces, que apenas si puedo recordarlos con claridad, estaba tan enojada, por lo que había visto, pero más que nada estaba enojada conmigo misma, por haberle perdonado, por haber creído en todas sus mentiras, y sobre todo por haber creído en el amor. Sentía como mi cuerpo se iba endureciendo del coraje, y mi estómago a punto de estallar, presionaba mi diafragma para explotar en un grito, que no tuvo cabida, por que trataba de controlarme.

Al verme se quedó sin inmutarse, y no me dijo nada, simplemente comenzó a vestirse, y su compañera también, salió de la habitación, y se despidió de ella amorosamente, dejándome a mí, sin poder reaccionar; nos encontramos de nuevo en la entrada de la casa, intentó darme explicaciones que no pude escuchar, sólo recuerdo decirme, “pensé que viviendo juntos, sería diferente, pero la verdad es que me doy cuenta que simplemente no funciona, es mejor separarnos” y se dio la vuelta, mientras yo hablaba,, lo único que se me ocurrió fue intentar detenerlo, estaba a punto de salir, cuando le lancé uno de mis tacones de aguja, que lo golpeó en la nuca, volteó enojado, y comenzó a gritarme, estaba a punto de golpearme, por lo que usé el otro tacón y lo golpeé en la nariz, seguía acercándose, y entonces saqué el gas pimienta de mi bolso y lo rocié con el, pero el olor era insoportable, así que salí, de la habitación, no se cuando ni de donde tomé un martillo, regresé estaba recostado,

quejándose, volteo a verme, y no pude soportar su mirada por lo que decidí apagarla, y lo golpeé hasta quedar exhausta, y cuando por fin me detuve, no podía contener el llanto de rabia que provenía desde lo más profundo del alma, lloré y grité, con tanto sentimiento, que fue un grito largo, grave y doloroso.

No podía entender aún qué era lo que me había pasado, sí todo fue un sueño o en realidad yo había sido capaz de cometer todas esas aberraciones, actos dignos de una película de terror, pero sí en realidad había sido yo la persona que realizó todo eso, en realidad no me conozco y no sé de lo que soy capaz...Jamás pensé que podría perderlo, no a él, no así, ¿cómo pudo dejarme?, cómo en este momento de nuestras vidas...Pero ahora nada será igual una nueva forma de mí esta invadiendo mi ser y ahora nada ni nadie podrá detener lo inevitable...

Limpié mis manos y me lavé la cara me vi en el espejo con el maquillaje corrido y los ojos rojos, volví a lavarme de nuevo, y sin embargo seguían ahí los vestigios de las lágrimas caídas, era como si no pudiera sacarlas de mi mirada, traté de dormir, sin embargo no podía dejar de pensar en todo lo que debía hacer, lo que me hacía falta para poder continuar, no sé que me pasa, no sé quién soy, vi las horas pasar delante de mí, y escuché todos los ruidos de la noche, vi como llegó el día, y comenzaron los ruidos del alba, al oír el trinar de los pájaros no soporté más, me incorporé de la cama, me di un baño, tomé las llaves del auto y al intentar salir, ahí estaba él, esperándome bañado en sangre.

Encendí un cigarro y comencé a tranquilizarme, vi el humo desvanecerse frente a mí, traté de reconfortarme pensando que era lo mejor que pudo haber sucedido; sin embargo esa paz duró poco, necesitaba otro cigarro, una bocanada de aire para el alma, al intentar encenderlo, la llama me traicionaba, no quería elevarse por completo, entonces el encendedor resbaló de mis manos, cayendo al suelo.

Al recogerlo, no pude evitar regresar a la realidad, estaba de frente al cadáver de ese hombre al que juraba amar tanto, sus ojos deformes y sin vida, continuaban observándome no podía escapar de su mirada, tomé el encendedor y me incorporé de inmediato. No sabía que hacer con el cuerpo, y de pronto una sensación gélida recorrió mi cuerpo, mis huellas digitales estaban por doquier, y había manchas de sangre en la alfombra y paredes.

Sin pensarlo dos veces tomé el teléfono, le marqué a la única persona que me apoyaba siempre, el que nunca me había dejado sola, minutos después, que parecieron eternos, sonó el timbre, Alejandro había llegado. Al entrar no podía creer lo que miraban sus ojos, qué había sucedido en este lugar, al verme, se acercó a mi rápidamente y me abrazó, trató de consolarme, y yo trataba de explicarle; sin embargo el llanto avanzaba más rápido que mis palabras e interrumpía mi voz. De inmediato entendió lo que debía hacer, protegerme, y juntos comenzamos la espantosa labor.

Intentamos poner el cadáver en bolsas negras, pero por la forma en la que había quedado tendido, no podíamos introducirlo, el cuerpo estaba demasiado rígido, y no pudimos evitar el quebrarle las piernas al intentar meterlo en la bolsa. Limpiamos la casa, y los pisos, sin embargo las manchas en la alfombra seguían ahí, por lo que decidimos removerla, nos subimos al auto, esperando que nadie nos viera, y nos llevamos la alfombra y el cadáver.

Nos dirigimos hacia la playa y en un punto del camino, nos detuvimos y arrojamos la alfombra, proseguimos el viaje, sin decir una sola palabra, por que sabía que no necesitaba dar explicaciones, sabía que él me entendía; y por su parte Alejandro, no quería presionarme, decidió esperar el tiempo adecuado en el que decidiera contarle lo sucedido, jamás pude detectar el miedo en su mirada, por que estaba absorta en mis emociones. Llegamos al puerto, donde se encontraba encallado el bote de su familia, subimos con todo y la carga, adentrándonos en las profundidades del océano, y finalmente arrojamos las pruebas del crimen sobre esta playa negra que no se ve, pero delata su presencia con el quebrar de las olas, teniendo como único testigo la luz de la luna,

Al regresar al puerto, él me dirigió hacia un local de autos de renta, pagó un auto, y se despidió diciéndome que si regresábamos juntos sería demasiado obvio, que me vería en unos días para no levantar sospechas.

Manejando sin rumbo a un horizonte borroso sentía la pesadez en mis hombros, el cansancio acumulado, la energía pausada, el sueño escondido, viré mi rumbo, sólo niebla,

sólo frío, sólo yo. Me orillé en la carretera, bajé del auto, comenzaba a llover, las gotas cayendo en mi cara, cada una me daba sed, angustia, recobraba imágenes de mi pasado, agaché mi mirada por miedo a la luz de los autos que se aproximaban, esa luz que se hacía más nítida, esos insertos de vida que solo me causaban temor, corrí, esperando dejarlos atrás. Bombardeo imparable, constante, lastimoso, tantos recuerdos, me doblegaban, pero continuaba, mis lágrimas se mezclaban con el agua caída, yo luchaba, me sentía como un pez, que nadaba en contra de la corriente en una tormenta, pero sabía que podía subir.

Se suspendió la lluvia, el viento venía detrás de ella, en medio de la nada el bao que exhalaba mi cuerpo inmóvil, me comenzó a rodear, como si una manada de búfalos estuvieran corriendo en círculos en un lugar polvoroso, se elevaba más y más, oprimiéndome el pecho asfixiándome- Ah!!!! Ese grito seco y con eco infinito enmudeció todo a mí alrededor, reconocí mis manos, fuertes, con ira, con pasión, el coraje y la rabia comenzaban a invadirme, solo podía pensar en venganza, alguna estrategia que me hiciera recuperar mi orgullo pisoteado y escupido. Un auto me sacó de mis pensamientos al acercarse a mí y sonar el claxon, alcance a oír a lo lejos ¡vieja loca!, no me había atrevido a describir como me encontraba y ese extraño simplemente me lo había gritado, soy una loca, sí, pero porque así lo he decidido; volteé hacia mi auto, había olvidado cerrar la puerta, seguía encendido con las luces y los limpiavidrios funcionando.

Regresar a casa fue algo difícil, estar ahí de pie, justo donde él había muerto, ni siquiera tuve el valor de dormir en mi habitación, dormí en el sillón con las llaves en mis manos, por si llegaba la policía y debía huir, conforme pasaron los días, simplemente comprendí, que nadie tenía por qué enterarse de lo sucedido, a menos que yo lo mencionara, continuar yendo al trabajo con la cara demacrada, y algunos moretones por el forcejeo, fueron la excusa perfecta para pretender que lo había dejado por qué me había maltratado, así es, yo lo había dejado; sin embargo me cansé de dar explicaciones, y con el pasar de los días fui acortando la respuesta.

Recordar es tan doloroso, pero justo esta vez, no me sentía igual, ya no sentía la angustia, ni el remordimiento, que tanto me habían atormentado, era como un simple desahogo, el terrible reconocimiento del deterioro de la conciencia, no hay nadie más que pueda entender lo que se siente matar, y saber que se hace lo correcto de la manera más equivocada, creo que no hay una sola persona en la tierra que decida simplemente terminar con la vida de alguien como primera opción, es simplemente algo que no se considera, ha pasado no sé cuánto tiempo, he perdido la noción de los días, y desde aquel viaje en bote no he vuelto a ver a dos de mis personas más queridas.

Todo esto era tan extraño en mí, había pasado mi vida entera levantando una pared para que las personas no vieran lo vulnerable que soy, ahora debía mantener esa pared, para que las personas no supieran lo poco vulnerable que puedo llegar a ser, la telaraña de mentiras con la que puedo cubrir

mis peores acciones, con esa telaraña los envolví a los dos como un par de moscas. Antes todo era más sencillo, antes yo podía ser la víctima, la lastimada, la del corazón roto, la incomprendida, la princesa encerrada esperando por un príncipe que nunca llega, y que cuando llega lástima más que cuando no esta. Y sin embargo esa noche cambié, hice lo que tenía que hacer, hice lo que quería. Fui cenicienta, como siempre, pero le di un giro a la historia, perdí una zapatilla en el mar, pero sólo porque era evidencia de mi crimen.

Así iba recordando aquélla mi última conversación con el que alguna vez llamé “el amor de mi vida”, con aquél sin el que yo no podía vivir. Ahora me había asegurado de que él no pudiera vivir sin mí. Aquél tormentoso diálogo seguía en mi cabeza, y cada vez que lo recordaba, yo me desprendía más de él, hasta convertirme en un indiferente espectador, de aquélla escena. Ya no sentía nada, ni coraje, ni tristeza, ni miedo, ni lástima, ni nada. Y recordé el inicio del fin:

—Siempre supe que no era la única. No me pongas tu cara de idiota, aquí la idiota siempre he sido yo. Tú me dijiste que yo era tu amiga, tu compañera, la única que te entendía, la única que merecía atarte a una relación. No mereces ni una sola de mis lágrimas, y ni se te ocurra llorar a ti. Yo sé que cuando lloras y suplicas es cuando más mientes...cuando estas desesperado y dirías cualquier cosa por recuperarme. Es cuando serías capaz de bajarme la luna y las estrellas con tal de que yo vuelva a creerte. Es cuando puedes ser más tierno, más cariñoso, mejor amante. Y enfermizamente es cuando más te amo. ¿Ya todo es juego verdad? Ya nada más es un llevar la cuenta, para ver cuantas veces voy a caer.

¡Pues va! Una vez más inténtalo. Convénceme otra vez.

Entonces despierto y evito matarlo de nuevo; pareciera que ha pasado tanto tiempo, pero no el suficiente como para recuperarme, la vida sigue a pesar de mí, no ha sido sencillo reincorporarme de nuevo a la rutina, al trabajo, a los colegas, a la pregunta constante y repetitiva:- ¿por qué terminaron?- y la respuesta que sale automáticamente, sin siquiera pensarla - fue una decisión que tomamos los dos...creo que se murió el amor-Y el simple hecho de proferir la palabra muerte en cualquiera de mis frases, siento delatarme, siento que los ojos de la policía, la CIA, y la INTERPOL, están sobre mí, mis huellas y mis rastros, pero simplemente prosigue la trillada respuesta de la gente -que pena, pero bueno no te preocupes, no era el hombre de tu vida, todo pasa por una razón, hay muchos peces en el mar- y yo como siempre solo sonrió, pensando en aquél mar tormentoso, que protege mis secretos, y que siento que en cualquier momento los sacará a relucir cuando este demasiado enojado con el mundo... o conmigo.

Realmente nunca me había dado cuenta de que no he sido lo que quiero ser, siempre tan linda tan amable, tan comprensiva, tan vacía... si esa es la verdadera palabra que me describe, vacía de mí y siempre intentando cubrir las expectativas de la gente que me rodea, es hora de retomar mi camino y ser lo que realmente quiero ser, pero ¿qué quiero ser? esa pregunta jamás he podido contestarla, es que realmente me convertí en el reflejo de la mujer ideal que olvidé por completo quién soy y a dónde voy.

Por un instante recordé todo mi pasado y me di cuenta

que no hay alguien que recuerde lo que era yo, creo que me he quedado sola en este rincón de la inmensa habitación, necesito hablar con alguien.

Qué me pasa quiero empezar de nuevo, pero dónde esta la línea de salida y quién dará el disparo para empezar a correr, creo que soy tan débil que jamás me recuperaré, de esto, qué estoy diciendo, siempre esperando que alguien me respalde, que alguien me cuente sus problemas para refugiar lo míos en ellos. Quién dice que necesito de los demás, si ni siquiera se han dado cuenta de mi sufrimiento, de mis ganas de gritar y salir huyendo.

Tratando de actuar normal dentro de una serie de irrealidades que yo misma he creado, siento que me persiguen, que me descubren, y me he vuelto exageradamente sensible con las miradas, en momentos, siento que vuelvo a ver sus ojos, siento que miles de ojos me observan, siento que las miradas me rodean. No entiendo como se atreven a juzgarme, si no intentan comprenderme, yo solo me atreví hacer lo que todos alguna vez fantasean.

Afortunadamente entre todas estas miradas esta la de Alejandro, quien siempre me ha apoyado, y más ahora después de tan terrible acto, no dudó en convertirse en mi cómplice, tal como en la infancia se culpaba por mis travesuras cometidas, cuando jugábamos en la playa.

Tal vez sea él, quien merece mi amor, quizá podamos empezar de Nuevo, olvidar el pasado y escribir de Nuevo una historia, en la que él y yo nos amaremos y estaremos juntos siempre.

Ojala todo fuese tan sencillo como imaginar nuestro

destino, como si la vida en realidad nos obedeciera, ahí estaba yo soñando, pretendiendo olvidar el pasado y recobrar la energía para el futuro, bajo el velo eterno, que nublo mi razón, durante tanto tiempo “el amor verdadero”. Velo que fue arrancado con tanta fuerza, que aún me duelen los párpados; jamás imaginé que ese hombre al que intentaba amar, volvería a mí sin que yo lo solicitara, que pudiéramos vernos, de nuevo frente a frente, mientras nuestras miradas se cruzaban y yo trataba de descifrar en sus ojos, ese amor que decía sentir hacia mí.

Jamás imaginé que el encuentro sería en un lugar tan inusual como una sala de juicio, mientras lo veía explicar detalladamente ante el juez, como es que yo había cometido el asesinato, sin razón alguna, y que había recibido una llamada en la que le avisaba que había tenido un accidente, preocupado llegó lo antes que pudo, y encontró el cadáver, y a mí con un martillo, se asustó y estaba a punto de partir y llamar a la policía cuando yo lo amenacé, diciendo que lo mataría a él y a su novia, lo que lo aterró, pues su novia estaba embarazada de cinco semanas, por lo que decidió hacer lo que yo le pedía, todo lo hizo por amor a ella, por protegerla, y pensando en su nueva familia.

Mientras hablaba mis pensamientos me impedían escucharle, se interrumpían unos a otros. Mi eterno miedo a estar sola finalmente me alcanzó, la realidad se hizo presente, la cámara en mi mente finalmente se enfocó, de pronto y sin permiso alguno salió de mi boca el inicio de todos mis problemas: -¡Siempre he estado sola y no me arrepiento!- pero pareció que nadie, me entendió, me

veían con sus rostros confusos, entonces una enfermera se acercó a mi, y abrió mi boca, sacando de ella gasas y algodones, lo que sentí después es algo indescriptible, la ausencia de tejido muscular, el vacío entre la mandíbula y el paladar, la sensación de las puntadas y la imposibilidad de hablar, Alejandro vio mi rostro lleno confusión y continuó diciendo:

– Meses después, recibí otra llamada, ella me decía que se sentía muy mal por lo que había hecho, que necesitaba, hablar con alguien, dudé en ir por que mi hijo acababa de nacer, y no quería dejar sola a mi esposa; sin embargo noté el arrepentimiento en su voz, y decidí ir. Cuando llegué la puerta estaba abierta, la encontré tendida en el suelo de la cocina, sangrando, y sosteniendo unas Tijeras para cortar carne, no sabia qué es lo que se había hecho, al llegar al Hospital, descubrieron que se había cercenado la lengua, lo cual provocó una hemorragia que la hizo desmayarse, el trozo de lengua, le había obstruido la garganta, asfixiándola, afortunadamente llegué yo, por eso no murió–. Lo que sucedió después fue todo lo que no esperaba, al llevarme al Hospital, comenzaron a interrogarlo, pero su nerviosismo hizo sospechar a las enfermeras, y la policía se encargó de investigarlo, a él, a mí, a mi casa, y fue justo ahí, debajo del sillón, que estaba, uno de mis tacones ensangrentados, que sin decir palabra alguna comenzó a relatar la historia.





Antología

el Cadáver Exquisito

la creación colectiva como fin

.....

El presente e-book fue publicado en julio de 2008 por el equipo de Literatura Libre, para su descarga desde el propio sitio web.

.....

La obra cuenta con una licencia ***Creative Commons
Atribución-No comercial-No Derivadas 2.5 México***

.....

*Los derechos morales de cada una de las obras aquí antologadas
pertenecen a sus autores.*

.....

www.literaturalibre.com

Blog Literario y proyecto editorial